

mujer mas hermosa de su época. Joven, jefe de un partido en el consejo de los *Quinientos*, hermano del primer general del siglo, se sentia lisonjeado con reunir en su persona los triunfos de un hombre de Estado y las coronas de un amante.

«Ocurrióle apelar á una ficcion para declarar su amor á Mad. Recamier, y componiendo una carta de *Romeo á Julieta*, la envió como obra suya á la que llevaba el mismo nombre.»

«Véase esa carta de Luciano, conocida de Benjamin Constant. En medio de las revoluciones que han agitado el mundo verdadero, es curioso ver á un Bonaparte internarse en el mundo de las ficciones.

Carta de Romeo á Julieta por el autor de la tribu india.

Venecia 29 de julio.

«Romeo os escribe, Julieta: si os negáseis á leerme, serias mas cruel que nuestros padres, cuyas largas contiendas acaban al fin de apaciguarse: sin duda esas terribles acaban no volverán á renacer.....»

«Hace pocos dias que solo os conocia por la fama. Algunas veces os habia visto en los templos y en las fiestas: sabia que ereis la mas hermosa; mil labios repetian vuestros elogios, y vuestros atractivos me habian llamado la atencion sin deslumbrarme..... ¿Por qué la paz me ha entregado á vuestro imperio? La paz está en nuestras familias, pero la turbacion se halla en mi corazon.»

«¿Recordais aquel dia en que me presentaron á vos por la primera vez? Celebráramos en un banquete numeroso la reconciliacion de nuestros padres. Volvia del Senado en donde los disturbios suscitados á la república habian causado una viva impresion.....»

«Llegásteis vos, y todos entonces se apresuraron á salir al encuentro.—«¿Qué hermosa es» decian.

«La multitud pobló por la tarde los jardines de Bedmar. Los importunos que abundan por todas partes se apoderaron de mí: aquella vez no tuve con ellos paciencia ni afabilidad: ¡tenianme alejado de vos!... Quise dar cuenta de la turbacion que se apoderaba de mí: conocí el amor, y quise dominarle: me sentí arrastrado, y abandoné con vos aquel sitio de regocijos.»

«Despues os volví á ver, y el amor pareció sonreirme. Sentada un dia á la orilla del agua, deshojábais inmóvil y pensativa una rosa: viéndome solo á vuestro lado, hablé... oí un suspiro... ¡vana ilusion! Vuelto en mí de mi error, vi la indiferencia con frente serena sentada entre nosotros dos... La pasion que me domina rebosaba en mis discursos, y los vuestros llevaban el amable y cruel sello de la infancia y de la chanza.»

«Todos los dias desearia veros como si el dardo no estuviese aun bastante fijo en mi corazon. Los momentos en que os veo sola son muy escasos, y esos jóvenes venecianos que os rodean y os dicen lisonjas y galanerias me son insoportables. ¿Puede hablarse á Julieta como á las demás mujeres! He querido escribiros: me conoceréis, y no sereis incrédula. Mi alma está inquieta y tiene sed de sentimiento. Si el amor no ha conmovido el vuestro; si Romeo no es á vuestros ojos mas que un hombre vulgar, ¡oh! os conjuro por los lazos que me habeis impuesto, sed conmigo severa; no me sonriais mas, por piedad; no me habeis mas; rechazadme lejos de vos. Decidme que me aleje, y si puedo ejecutar esa orden rigurosa, recordad al menos que Romeo os amará siempre, que nadie ha reinado nunca en él como Julieta, y que él no puede ya renunciar á vivir para ella, al menos en el recuerdo.»

Para un hombre de sangre fria, todo esto es algo ridículo: los Bonapartes vivian de teatros, de novelas y de versos: la vida del mismo Napoleon, ¿qué otra cosa es sino un poema?

Benjamin Constant continúa comentando esta carta.

«El estilo de esta carta es visiblemente imitado de todas las novelas que han pintado las pasiones, desde *Werther* hasta *La Nueva Eloisa*. Mad. Recamier reconoció fácilmente en muchas circunstancias minuciosas que era ella el objeto de la declaracion que se le presentaba como una simple lectura. No estaba bastante acostumbrada al lenguaje directo del amor para que le advirtiese la experiencia de que quizás no era todo sinceridad en las expresiones; pero un instinto justo y seguro se lo hacia adivinar. Ella respondió con sencillez, hasta con alegría, y mostró mucha mas indiferencia que inquietud. No se necesitó mas para que Luciano experimentase realmente la pasion que en un principio habia exagerado un poco.»

«Las cartas de Luciano van siendo mas verdaderas y elocuentes á medida que mas se apasiona; pero siempre se nota en ellas la ambicion de adornos, la necesidad de ponerse en actitud: no acierta á dormirse sino arrojándose en los brazos de *Morfeo*. En medio de su desesperacion se pinta entregado á las grandes ocupaciones que le rodean: admirase de que un hombre como él vierta lágrimas; pero en toda esa mezcla de declamaciones y frases hay, sin embargo, elocuencia, sensibilidad y dolor. En fin, en una carta llena de pasion, en que escribe á Mad. Recamier: «No puedo aborreceros, pero si matarme.» dice de repente, como reflexion general: «Olvido que el amor no se arranca, sino que se obtiene.» En seguida añade: «Despues que recibí vuestro billete he recibido otros muchos diplomáticos: he sabido una noticia que el rumor público habrá hecho llegar sin duda á vuestros oidos. Las felicitaciones me rodean me aturden... Me hablan de cosas que no sois vos.» En seguida viene otra exclamacion: «¡Qué débil es la naturaleza en comparacion del amor!»

«Esa noticia, que encontraba insensible á Luciano, era, no obstante, una noticia inmensa: el desembarco de Bonaparte á su regreso de Egipto.»

«Acababa de desembarcar un nuevo destino con sus promesas y sus amenazas: el 18 brumario no debía bacerse esperar mas de tres semanas.»

«Libre apenas del peligro de aquella jornada que ocupará siempre un lugar tan grande en la historia, escribia Luciano á Mad. Recamier: «¡Vuestra imagen se me ha aparecido! Habriais tenido mi último pensamiento.»

CONTINUACION DE LA CARTA DE BENJAMIN CONSTANT.—
MAD. DE STAEL.

«Mad. Recamier contrajo con una mujer, mucho mas ilustre que célebre era Mr. de Laharpe, una amistad que de dia en dia se fue haciendo mas intima, y que dura todavia.»

«Habiendo sido borrado Mr. Necker de la lista de los emigrados, encargó á su hija, Mad. de Stael, que vendiese una casa que tenia en París. Compróla Mad. Recamier, y esta fue para ella una ocasion de ver á Mad. Stael.»

«La vista de aquella mujer célebre le infundió al pronto una excesiva timidez. Mucho se ha hablado acerca de la figura de Mad. de Stael. Pero una mirada altiva, una sonrisa dulce, una expresion habitual de benevolencia, la carencia de toda afectacion minuciosa y de toda reserva embarazosa; palabras halagüenas, lisonjas algo directas, pero que parecian arrancadas al entusiasmo; una variedad inagotable de conversacion, asombraban, atraian y le conciliaban á todos los que la trataban. No conozco mujer ni aun hombre alguno que mas convencido estuvie-

Coppet 30 de abril.

se de su inmensa superioridad sobre todo el mundo, y que menos hiciese pesar esa conviccion sobre los demás.

«No habia cosa mas interesante que las conversaciones de Mad. de Stael y Mad. Recamier. La rapidéz de la una en expresar conceptos nuevos, y la rapidéz de la segunda en comprenderlos y juzgarlos; aquel ánimo varonil y fuerte que todo lo descubria, y aquel ánimo delicado y fino que todo lo comprendia; aquellas revelaciones de un genio ejercitado comunicadas á una inteligencia jóven, digna de recibirlas: todo esto formaba una reunion que es imposible pintar sin haber tenido la dicha de haber sido testigo uno mismo.»

«La amistad de Mad. Recamier hacia Mad. de Stael se fortificó con un sentimiento que ambas á dos experimentaban; el amor filial. Mad. Recamier amaba tiernamente á su madre, mujer de raro mérito, cuya salud inspiraba ya temores, y á quien su hija no cesa de echar de menos desde que la perdió. Mad. Stael habia consagrado á su padre un culto que la muerte habia hecho mas y mas exaltado. Elocuente siempre en su modo de expresarse, lo es mas todavia cuando habla de él. Su voz conmovida, sus ojos dispuestos á empaparse en lágrimas, la sinceridad de su entusiasmo conmovian el alma hasta de aquellos que no participaban de sus opiniones acerca de aquel hombre célebre. Muchas veces se han ridiculizado los elogios que ella le prodigaba en sus escritos; pero cuando se la ha oido sobre el particular, es imposible convertirlos en objeto de burla, porque nada que es verdadero es ridiculo.»

Las cartas de Corina á su amiga Mad. Recamier principiaron en la época á que alude aquí Benjamin Constant, y tienen un encanto que casi participa del amor. Daré á conocer algunas de ellas.

CARTA DE MAD. STAEL Á MAD. RECAMIER.

Coppet 9 de setiembre.

«Os acordais, hermosa Julieta, de una persona á quien prodigásteis vuestras de interés este invierno, y que se lisonjea de hacéroslo duplicar el invierno próximo? ¿Cómo gobernais el imperio de la belleza? Ese imperio se os concede con gusto, porque sois eminentemente buena, y parece natural que un alma tan dulce tenga un rostro encantador que la refleje. De todos vuestros admiradores ya sabeis que prefiero á Adriano de Montmorency. He recibido cartas suyas, notables por su talento y su gracia, y creo en la solidez de sus afectos, á pesar del encanto de sus maneras. Por lo demás, la palabra *solidez* me conviene á mí, que no aspiro sino á un puesto bien secundario en su corazon. Pero vos, que sois la heroína de todas los sentimientos, estais expuesta á los grandes sucesos de que se hacen las tragedias y las novelas. El mio se extiende al pié de los Alpes, y espero que lo leereis con interés. Me complazco en esta ocupacion.....»

«En medio de todos esos triunfos, lo que sois y lo que seguireis siendo es un ángel de pureza y de hermosura, y tendreis el culto de los devotos y de los mundanos... ¿Habeis vuelto á ver al autor de *Atala*? ¿Continuáis en Clichy? En fin, os pido noticias vuestras. Me complazco en saber lo que haceis, en representarme los sitios que habitais. ¿No es todo un cuadro en los recuerdos que de vos se conservan? A este entusiasmo tan natural hacia vuestras raras cualidades se junta el mucho atractivo de vuestra sociedad. Os ruego que acepteis con benevolencia todo cuanto os ofrezco, y prometedme que nos veremos con frecuencia en el invierno próximo.»

«¿Sabeis, hermosa Julieta, que mis amigos me han lisonjeado con la idea de que vendriais aquí? ¿No podríais concederme ese gran placer? La felicidad no me ha mimado hace algun tiempo, y tendria por una gran fortuna vuestra llegada, que me daria esperanzas para todo lo que yo deseo. Adriano y Mateo dicen que vendrán; si viniéseis con ellos, un mes de permanencia aquí bastaria para mostraros nuestra brillante naturaleza. Mi padre dice que deberíais elegir á Coppet para domicilio vuestro, y que desde aquí haríamos nuestras excursiones. Mi padre desea ardientemente veros. Ya sabeis lo que se ha dicho de Homero:

Por boca del anciano
La belleza elogiaste.

«Y aparte de esa belleza, sois encantadora.»

VIAJE DE MAD. RECAMIER Á INGLATERRA.

Durante la corta paz de Amiens, Mad. Recamier hizo un viaje á Londres con su madre, y llevó cartas de recomendacion del anciano duque de Guignes, embajador en Inglaterra treinta años antes. Este habia mantenido correspondencia con las mujeres mas brillantes de su época: la duquesa de Devonshire, lady Melbourne, la marquesa de Salisbury, y la margrave de Auspach, de quien habia estado enamorado. Su embajada era todavia célebre, y su recuerdo se conservaba vivo en aquellas repetables señoras.

Tal es el poder de la novedad en Inglaterra, que al dia siguiente se leia en las gacetas la llegada de la beldad extranjera. Mad. Recamier recibió las visitas de todas las personas á quienes habia enviado sus cartas. Entre aquellas personas, la mas notable era la duquesa de Devonshire, de edad de cuarenta y cinco á cincuenta años. Era todavia mujer á la moda, y bella, aunque privada de un ojo, cuya falta disimulaba con un bucle de sus cabellos. La primera vez que Mad. Recamier se presentó en público fue con ella. La duquesa la llevó á la Opera á su palco, en donde se hallaban el príncipe de Gales, el duque de Orleans y sus hermanos, el duque de Montpensier y el conde de Beaujolais: los dos primeros debian llegar á ser reyes: el uno tocaba al trono; el otro se hallaba todavia separado de él por un abismo.

Los anteojos y las miradas se volvieron hacia el palco de la duquesa. El príncipe de Gales dijo á Mad. Recamier que, si no queria verse ahogada, debia salir antes de terminarse el espectáculo. Apenas se puso en pié, las puertas de los palcos se abrieron precipitadamente: nada logró evitar, y fue conducida por las oleadas de la multitud hasta su carruaje.

Al dia siguiente fué Mad. Recamier al parque de Kensington, acompañada del marqués de Douglas, mas adelante duque de Hamilton, y que despues recibió á Carlos X en Holy-Rood, y de su hermana la duquesa de Somerset. La multitud se precipitaba al paso de la extranjera, efecto que se reprodujo siempre que se mostró en público: los periódicos hacian resonar su nombre, y su retrato, grabado por Bartolozzi, fue difundido por toda Inglaterra. El autor de *Antigone*, Mr. Ballanche, añade que fue llevado en buques hasta las islas de la Grecia: la belleza volvia á los sitios en donde habia sido inventada su imagen. Existen de Mad. Recamier un boceto, por David; un retrato de cuerpo entero, por Gerard, y un busto, por Canova. El retrato es la obra maestra de Gerard; pero no me gusta, porque reconozco en él las facciones sin reconocer la expresion del modelo.

La vispera de la marcha de Mad. Recamier, el

príncipe de Gales y la duquesa de Devonshire le pidieron que los recibiese y reuniese en su casa algunas personas de su sociedad. Hubo una especie de concierto, en el que ella tocó con el caballero Marin, primer arpista de aquella época, unas variaciones sobre un tema de Mozart. Aquel sarao fue citado en los diarios públicos como un concierto que la hermosa extranjera había dado al marcharse al príncipe de Gales.

Al día siguiente se embarcó para el haya, y empleó tres días en hacer una travesía de diez y seis horas. Me ha referido que en esos días, mezclados de tempestades, leyó de seguida *El Genio del Cristianismo*, el cual me reveló á ella, según su benévola expresión. Reconozco en eso la bondad que los vientos y el mar han tenido siempre hácia mí.

Cerca del Haya visitó el palacio del príncipe de Orange. Habiéndole hecho prometer este príncipe que iría á ver aquella mansion, le escribió muchas cartas, en que le hablaba de sus reveses y de su esperanza de vencerlos: Guillermo IV llegó, en efecto, á ser monarca. En aquellos tiempos se intrigaba para ser rey como hoy para ser diputado, y aquellos candidatos á la soberanía se apresuraban á ponerse á los piés de Mad. Recamier, como si esta dispusiese de las coronas.

Este billete de Bernadotte, que reina hoy en Suecia, terminó el viaje de Mad. Recamier á Inglaterra.

«Los diarios ingleses, calmando mi ansiedad por vuestra salud, me han hecho saber los peligros á que habeis estado expuesta. En un principio censuré al pueblo de Londres por su excesivo apresuramiento á rodearos; pero os confieso que muy pronto lo encontré digno de excusa, porque yo soy parte interesada cuando hay que justificar á las personas que se hacen indiscretas por admirar los encantos de vuestra celestial figura.

»En medio del esplendor que os rodea y que mereceis por tantos títulos, dignaos recordar alguna vez que el ser que os es mas afecto en la naturaleza es

»BERNADOTTE.»

PRIMER VIAJE DE MAD. DE STAEI A ALEMANIA.—MAD. RECAMIER EN PARÍS.

Amenazada Mad. de Stael con el destierro, intentó establecerse en Maffliers, casa de campo á ocho leguas de París. Aceptó la proposición que le hizo madama Recamier, de vuelta de Inglaterra, de pasar algunos días con ella en Saint-Brice, y en seguida volvió á su primer asilo. Lo que entonces le sucedió lo refiere en los *Diez años de destierro*.

«Hallábame á la mesa, dice, con tres amigos míos en una pieza, desde donde se veía el camino real y la puerta de entrada. Era á fines de setiembre, á las cuatro de la tarde: llega un hombre con traje gris, á caballo, y llama: yo estaba segura de lo que me esperaba: preguntó por mí, y le recibí en el jardín. Al acercarme á él me llamaron la atención el aroma de las flores y la belleza del sol. ¡Las sensaciones que experimentamos por las combinaciones de la sociedad son tan diferentes de las que provienen de la naturaleza! Aquel hombre me dijo que era el comandante de la gendarmería de Versalles... Enseñóme una carta, firmada por Bonaparte, que contenía la orden de alejarme á cuarenta leguas de París; y añádiase en ella que me hiciesen partir dentro de veinte y cuatro horas, tratándome, sin embargo, con todas las consideraciones debidas á una mujer de nombre conocido... Contesté al oficial que marchar en el término de veinte y cuatro horas era cosa propia de concriptos, pero

no de una mujer y niños. En su consecuencia le propuse que me acompañase á París, en donde necesitaba tres días para hacer los preparativos de mi viaje. Subí, pues, á mi carruaje con mis hijos y aquel oficial, á quien se había elegido como el mas instruido de los gendarmes. En efecto, hizome varios cumplidos acerca de mis escritos. «Ya veis, caballero, le dije, á lo que conduce el ser mujer de talento. Quitádselo de la cabeza á las personas de vuestra familia si teneis ocasion.» Traté de hacerme superior apelando á mi orgullo; pero sentía desgarrado mi corazón.

»Detúveme algunos instantes en casa de Mad. Recamier, en donde encontré al general Junot, que por consideración á ella prometió ir al día siguiente á hablar al primer cónsul. Hizolo en efecto con el mayor calor...

»La vispera del día que se me había concedido hizo José Bonaparte una tentativa...

»Vime obligada á aguardar la respuesta en una posada á dos leguas de París, no atreviéndome á volver á mi casa en la ciudad. Tascurrió un día sin que me llegase esa respuesta. No queriendo llamar la atención sobre mí permaneciendo mas tiempo en la posada en que estaba, di la vuelta á las murallas de París para buscar otra, á dos leguas tambien de la capital, pero en camino diferente. Esa vida errante á cuatro pasos de mis enemigos, y de mi morada me causaba un dolor de que no puedo acordarme sin extremecerme.»

Mad. de Stael, en vez de volver á Coppet, emprendió su primer viaje de Alemania. Por esta época me escribió acerca de la muerte de Mad. de Beaumont la carta que he citado en mi primer viaje de Roma.

Mad. Recamier reunía en su casa en París todo lo mas distinguido que había en los partidos oprimidos y en las opiniones que no habían cedido todo á la victoria. Veíanse allí las notabilidades de la antigua monarquía y del nuevo imperio: los Montmorency, los Sabran, los Lamoignon, los generales Massena, Moreau y Bernadotte; aquel destinado al destierro, este al trono. Los extranjeros ilustres concurrían allí tambien: el príncipe de Orange, el príncipe de Baviera, el hermano de la reina de Prusia la rodeaban, como en Londres el príncipe de Gales tenía á orgullo el llevar su chal. El atractivo era tan irresistible, que Eugenio de Beauharnais y hasta los ministros del emperador iban á aquellas reuniones. Bonaparte no podía sufrir el triunfo de otro, aun cuando este fuese una mujer. «¿Desde cuándo, decía, se celebra el consejo en casa de Mad. Recamier?»

PROYECTOS DE LOS GENERALES.—RETRATO DE BERNADOTTE.—PROCESO DE MOREAU.—CARTAS DE MOREAU Y DE MASSENA A MAD. RECAMIER.

Vuelvo de nuevo á la narración de Benjamin Constant. «Desde mucho tiempo, Bonaparte, que se había apoderado del gobierno, caminaba abiertamente á la tiranía. Los partidos mas opuestos se exasperaban contra él, y mientras que la masa de ciudadanos se dejaba enervar aun por el reposo que se le prometía, los republicanos y los realistas deseaban un trastorno. Monsieur de Montmorency pertenecía á estos últimos por su nacimiento, sus relaciones y sus opiniones. Madama Recamier solo se mezclaba en la política por su interés generoso hácia los vencidos de todos los partidos. La independencia de su carácter la alejaba de la corte de Napoleon, de la que había rehusado formar parte. Mr. de Montmorency imaginó confiarle sus esperanzas; le pintó el restablecimiento de los Borbones con colores propios para excitar su entusiasmo, y le dió el encargo de coaligar á dos hombres importantes entonces en Francia, Bernadotte y Moreau, para ver si podían reunirse contra Bonaparte.

Ella conocía mucho á Bernadotte, que despues fue príncipe real de Suecia. Cierta mezcla de caballeresco en la figura, de nobleza en las maneras y de finura en el talento, hacia de él un hombre notable. Valiente en los combates, osado en la ocasion, pero tímido en los actos que no eran militares, irresoluto en todos sus proyectos: una cosa que agradaba en él á primera vista, pero que al mismo tiempo servia de obstáculo á toda combinacion con él, era su hábito de arengar, resto de su educacion revolucionaria, que nunca le abandonó. A veces tenia arranques de una verdadera elocuencia; lo sabia, y le gustaba ese género de triunfo, y cuando entraba en la esplanacion de alguna idea general relativa á lo que hubiese oido en los clubs ó en la tribuna, perdía de vista todo lo que le ocupaba, y no era mas que un orador apasionado. Tal apareció en Francia en los primeros años del reinado de Bonaparte, á quien siempre odió y fue siempre sospechoso, y tal se ha mostrado en estos últimos tiempos en medio del trastorno de la Europa, cuya emancipacion se le debe porque tranquilizó á los extranjeros, mostrándoles un francés dispuesto á marchar contra el tirano de la Francia y que sabia no decir mas que lo que podia influir sobre su nacion.

»Todo lo que ofrece á una mujer ocasion de ejercer su poder le es siempre agradable. Había además en la idea de concitar contra el despotismo de Bonaparte á hombres importantes por sus dignidades y su gloria cierta cosa de generosidad y nobleza que debía tentar á Mad. Recamier. Así fue que esta se prestó á los deseos de Mr. de Montmorency, y reunió con frecuencia en su casa á Bernadotte y á Moreau. Este vacilaba, aquel declamaba, Mad. Recamier tomaba los discursos indecisos de Moreau por un principio de resolucion, y las arengas de Bernadotte como una señal del hundimiento de la tiranía. Por su parte los dos generales estaban altamente satisfechos de ver halagados su descontento por tanta belleza, talento y gracia. Había en efecto algo de caballeresco y poético en aquella mujer tan jóven y seductora que les hablaba de la libertad de su patria. Bernadotte repetía sin cesar á Mad. Recamier que había nacido para electrizar al mundo y para crear seides.»

Al notar la finura de esta pintura de Benjamin Constant, preciso es decir que Mad. Recamier jamás había entrado en aquellos intereses políticos sin la irritacion que sentía por el destierro de Mad. de Stael. El futuro rey de Suecia tenía la lista de los generales apéados aun al partido de la independencia; pero no figuraba entre ellos el nombre de Moreau: este era el único que podía oponerse al de Napoleon; pero Bernadotte ignoraba quién era ese Bonaparte cuyo poder atacaba.

Mr. Moreau dió un baile, al que asistió toda Europa, excepto la Francia, que se hallaba representada solo por la oposicion republicana. Durante aquella fiesta, el general Bernadotte condujo á Mad. Recamier á un gabinete, adonde solo les siguió el ruido de la música que pudiera recordarles dónde estaban. Moreau pasó á aquel gabinete, y Bernadotte le dijo despues de largas explicaciones: «Con un nombre popular sois el único entre nosotros que puede presentarse apoyado por todo un pueblo: ved lo que podeis y lo que podemos nosotros guiados por vos.» Moreau repitió lo que había dicho muchas veces: «Que conozca el peligro de que estaba amenazada la libertad, que era preciso vigilar á Bonaparte, pero que temía la guerra civil.»

Esta conversacion se prolongaba, y se iba animando: Bernadotte se exaltó, y dijo al general Moreau. «¿No os atreveis á tomar la causa de la libertad! Pues bien; Bonaparte se burlará de ella y de vos: ella perecerá, á pesar de nuestros esfuerzos, y vos quedareis

envuelto en su ruina sin haber combatido.» Palabras proféticas.

La madre de Mad. Recamier estaba relacionada con Mad. Hulot, madre de Mad. Moreau, y Mad. Recamier había contraído con esta última una de esas relaciones de infancia que tanto agrada continuar en el mundo.

Durante el proceso del general Moreau, Mad. Recamier pasaba su vida en casa de Mad. Moreau. Esta se quejó á su amiga de que su marido se lamentaba de no haberla visto todavía entre el público que poblaba la sala y el tribunal. Mad. Recamier se dispuso para asistir á la audiencia al día siguiente de aquella conversacion. Uno de los jueces, Mr. Brillat-Savarin, se encargó de hacerle entrar por una puerta particular que daba al anfiteatro. Al entrar se quitó el velo y recorrió de una mirada la fila de los acusados á fin de buscar en ella á Moreau. Este la reconoció, se levantó, y la saludó. Todas las miradas se fijaron en Mad. Recamier, la cual se apresuró á bajar los escalones del anfiteatro para llegar al sitio que le estaba destinado. Los acusados eran en número de cuarenta y siete, y ocupaban las gradas colocadas enfrente de los jueces del tribunal. Cada acusado se hallaba entre dos gendarmes, y estos soldados mostraban al general Moreau deferencia y respeto.

Notábase allí á Mr. de Polignac y á Mr. de Rivière, y especialmente á Mr. Jorje Cadoudal. Pichegru, cuyo nombre permanecerá unido al de Moreau, faltaba, no obstante, á su lado, ó mas bien se creía ver allí su sombra, pues se sabia que faltaba tambien en la prision.

No era aquella cuestion de republicanos: era la fidelidad realista que luchaba contra el nuevo poder: sin embargo, esa causa de la legitimidad y de sus nobles partidarios tenía por jefe á un hombre del pueblo, á Jorge Cadoudal. Viéronle allí con el pensamiento de que aquella cabeza tan piadosa é intrépida iba á caer sobre el cadalso, y que quizá solo Cadoudal no se salvaría, porque nada haría para conseguirlo. El no defendía sino á sus amigos, y en cuanto á lo que hacia relacion á él, todo lo confesaba. Bonaparte no fue tan generoso como quiere suponérsele: once personas adictas á Jorge perecieron con él.

Moreau no habló. Terminada la audiencia, el juez que había introducido á Mad. Recamier fué á buscarla. Esta atravesó el estrado por el lado opuesto á aquel por que había entrado, y costeó los bancos de los acusados. Moreau bajó seguido de sus dos gendarmes, y llegó á estar separado de ella solo por una balaustrada. Tartamudeó algunas palabras que Mad. Recamier no pudo comprender por lo sobrecogida que estaba, y queriendo responderle, le faltó la voz.

Hoy que los tiempos han mudado y que el nombre de Bonaparte parece solo llenarlos, no es fácil imaginar de cuán poco pendía aun su poder. La noche que precedió á la sentencia, y durante la cual estuvo reunido el tribunal, todo Paris estuvo en alarma. Oleadas de gente afluan al palacio de Justicia. Jorge no quiso implorar gracia, y respondió á los que querían pedirla: «¿Me prometeis una ocasion mas bella de morir?»

Moreau, condenado a ser deportado, se puso en camino para Cádiz, desde donde debía pasar á América. Mad. Moreau fué á reunirse con él. Mad. Recamier estaba á su lado al marchar. La vió abrazar á su hijo en la cuna y volver en seguida para abrazarle de nuevo: condújola á su carruaje, y recibió su último adios.

El general Moreau escribió desde Cádiz esta carta á su generosa amiga:

Cádiz 12 de octubre de 1804.

«Señora: creo que tendreis algun placer en sabe

noticias de dos fugitivos á quienes habeis mostrado tanto interés. Despues de sufrir fatigas de toda especie por tierra y por mar, esperábamos descansar en Cádiz, cuando ha venido á asediarnos en esta ciudad la fiebre amarilla, que puede compararse en cierto modo á los males que acabamos de experimentar.

»Aunque el parto de mi mujer nos ha obligado á permanecer aquí un mes, durante la enfermedad, hemos sido bastante felices para preservarnos del contagio: uno solo de nuestros criados ha sido atacado.

»Al fin nos hallamos en Chiclana, lindísima aldea á pocas leguas de Cádiz, gozando de buena salud, y mi esposa en plena convalecencia, despues de haberme dado una hija que está robusta.

»Persuadida mi esposa de que tomareis tanto interés en este suceso como en todo lo que nos ha ocurrido, me encarga que os lo comunique y os transmita sus recuerdos.

»No os hablo del género de vida que llevamos, pues es excesivamente fastidioso y monotonó; pero al menos respiramos con libertad, aunque en país de inquisición.

»Os ruego, señora, que recibais la seguridad de mi respetuoso afecto, y me creais por siempre vuestro muy humilde y obediente servidor,

»V. MOREAU.»

Esta carta está fechada en Chiclana, sitio que parece prometer con gloria un reinado seguro al duque de Angulema; y sin embargo no ha hecho mas que aparecer en esta orilla tan fatalmente como Moreau, á quien se ha creído consagrado á los Borbones. Moreau en lo íntimo de su alma estaba consagrado á la libertad; y cuando tuvo la desgracia de asociarse á la coalición, solo se trataba á sus ojos de combatir el despotismo de Bonaparte. Luis XVIII decía á Mr. de Montmorency, que deploraba la muerte de Moreau como una gran pérdida para la corona: «No tan grande: Moreau era republicano.» Este general no volvió á Europa sino para tropezar con la bala sobre la que el dedo de Dios habia grabado su nombre.

Moreau me recuerda otro ilustre capitán, Massena. Este iba al ejército de Italia, y pidió á Mad. Recamier una cinta blanca de su adorno. Un día recibió ella este billete de letra de Massena:

«La cinta encantadora dada por Mad. Recamier ha sido llevada por el general Massena en la batalla y en el bloqueo de Génova; nunca se ha separado del general, y la victoria le ha favorecido constantemente.»

Las costumbres antiguas se abren paso á través de las nuevas, de que forman la base. La galantería del caballero noble se encontraba en el soldado plebeyo: el recuerdo de los torneos y de las cruzadas se hallaba oculto en aquellos hechos de armas con que la Francia moderna coronó sus antiguas victorias. Gisher, compañero de Carlo-Magno, no se engalanaba en los combates con los colores de su dama. «Llevaba, dice el monge de Saint-Gall, siete, ocho y hasta nueve enemigos ensartados en su lanza como ranas.» Gisher precedía y Massena seguía á la época de la caballería.

MUERTE DE MR. NECKER.—REGRESO DE MAD. DE STAEL.—MAD. RECAMIER EN COPPET.—EL PRÍNCIPE AUGUSTO DE PRUSIA.

Mad. de Stael supo en Berlin la enfermedad de su padre, y se apresuró á volver; pero Mr. Necker habia muerto antes de que llegase á Suiza.

á Por este tiempo tuvo lugar la ruina de Mr. Recamier: Mad de Stael supo muy pronto este desgraciado suceso, y escribió al momento á su amiga mad. Recamier:

«Ginebra 17 de noviembre.

«¡Ay, querida Julieta! ¡Qué dolor me ha causado la terrible noticia que recibo! ¡Cuánto maldigo el destierro que no me permite estar á vuestro lado, y estrecharos contra mi corazón! Habeis perdido todo lo que contribuye á la felicidad y á la dulzura de la vida; pero si fuese posible ser mas amada y mas interesante de lo que antes érais, eso seria lo que os habria sucedido. Voy á escribir á Mr. Recamier, á quien compadezco y venero. Pero decidme, ¿seria un sueño veros aquí este invierno? Si quisiérais, podríais pasar aquí tres meses en un círculo estrecho, en el que seríais cuidada con pasión; pero en París tambien inspirabais ese mismo sentimiento. En fin, al menos, en Lyon, adonde hasta mis cuarenta leguas alcanzan, iré para veros, para abrazaros, para deciros que he sentido hácia vos mas ternura que hácia ninguna otra mujer que haya conocido. Nada sé deciros como consuelo, sino que sereis amada y considerada mas que nunca, y que los admirables rasgos de vuestra generosidad y de vuestra beneficencia serán conocidos á vuestro pesar con esta desgracia como nunca lo habrian sido sin ella. Seguramente, comparando vuestra situación con lo que era, habeis perdido; pero si me fuese posible envidiar lo que amo, daría gustosa todo cuanto soy por ser lo que vos. Belleza sin igual en Europa, reputación sin mancha, carácter altivo y generoso: ¡cuánta felicidad aun en esta triste vida, por la que uno camina tan despojado! Querida Julieta, que nuestra amistad se estreche mas y mas, que no se limite á servicios generosos, que todos han venido de vos, sino que sea una necesidad recíproca de confiarse sus pensamientos, una vida en común. Querida Julieta, vos sois quien me hará volver á París, porque sereis siempre una persona omnipotente, y nos veremos todos los días; y como sois mas joven que yo, me cerrareis los ojos, y mis hijos serán vuestros amigos. Mi hija ha llorado esta mañana por mí y por vos. Querida Julieta, ese lujo que os rodeaba, nosotros lo hemos disfrutado: vuestra fortuna ha sido la nuestra, y me siento arruinada porque no sois ya rica. Creedme, queda felicidad cuando no se ha hecho amar así.

»Benjamin quiere escribiros, y está muy conmovido. Mateo de Montmorency me escribe acerca de vos una carta muy tierna. Querida amiga, que vuestro corazón se conserve tranquilo en medio de tantos dolores. ¡Ay! Ni la muerte, ni la indiferencia de vuestros amigos os amenazan, y estas son las heridas eternas. ¡Adios, querido ángel, adios! Beso con respeto vuestro rostro encantador...»

Espacióse un nuevo interés sobre Mad. Recamier: esta abandonó la sociedad sin quejarse, y pareció hecha para la soledad como para el mundo. Quedáronle sus amigos, «y esta vez, ha dicho Mr. Ballanche, solo la fortuna se retiró.»

Mad. de Stael atrajo á su amiga á Coppet. El príncipe Augusto de Prusia, hecho prisionero en la batalla de Eylau, pasó por Ginebra, dirigiéndose á Italia, y se enamoró de Mad. Recamier. La vida íntima y particular perteneciente á cada hombre, continuaba su curso bajo la vida general, el enseñamiento de las batallas y la transformación de los imperios. El rico, al despertar, divisa sus dorados artonados; el pobre, sus vigas ahumadas: para alumbrarles no hay mas que un mismo rayo de sol.

El príncipe Augusto, creyendo que Mad. Recamier podia consentir en el divorcio, le propuso casarse con ella. Queda un monumento de esa pasión en el cuadro

de Corina que el príncipe obtuvo de Gerard, y que regaló á Mad. Recamier como un recuerdo inmortal del sentimiento que esta le habia inspirado, y de la amistad íntima que unia á Corina y á Julieta.

Pasó el verano entre fiestas: el mundo se hallaba trastornado; pero sucede que el ruido de las catástrofes públicas, mezclándose á los placeres de la juventud, redobla su encanto y se entrega uno con tanta mayor viveza á los goces, cuanto mas próximo le parece estar de perderlos.

Mad. de Genlis compuso una novela sobre ese amor del príncipe Augusto. Un día la encontré en el fuego de la composición: vivía en el arsenal, en medio de libros empolvados en una habitación oscura. No aguardaba á nadie: estaba vestida con un traje negro; sus blancos cabellos ocultaban su rostro; tenia un arpa entre sus rodillas, y la cabeza inclinada sobre el pecho. Recostada en las cuerdas del instrumento, paseaba dos manos pálidas y descarnadas por el sonoro enrejado, del que sacaba sonidos débiles, semejantes á las voces lejanas é indefinibles de la muerte. ¿Qué cantaba la antigua Sibila? Cantaba á Mad. Recamier. En un principio la habia aborrecido, pero al fin se sintió vencida por la belleza y la desgracia. Mad. de Genlis acababa de escribir la página siguiente acerca de Mad. Recamier, á quien daba el nombre de Atenaida:

«El príncipe entró en el salón conducido por madama de Stael. De repente se entreabre la puerta, y se adelanta Atenaida. El príncipe no pudo menos de reconocerla en la elegancia de su cuerpo y en el brillo deslumbrador de su rostro; pero se habia formado de ella una idea del todo diferente: habiase representado á aquella mujer tan célebre por su belleza, orgullosa con sus triunfos, con altivo continente y con esa especie de confianza que infunde con harta frecuencia ese género de celebridad, y veía, por el contrario, á una joven tímida que se adelantaba con turbación y se sonrojaba al presentarse. El sentimiento mas dulce se unió á su sorpresa.

»Despues de comer ninguno salió, á causa del excesivo calor, y bajaron á la galería para tener un rato de música hasta la hora de pasear. Despues de varios acordes brillantes y de sonidos armónicos de una dulzura encantadora, cantó Atenaida acompañándose con el arpa. El príncipe la escuchó extasiado, y cuando terminó, la miró con una turbación indecible, exclamando:—«¡Tambien habilidades!»

Mad. de Stael, en la fuerza de su vida, amaba á madama Recamier; Mad. de Genlis, en su decrepitud, encontraba para ella los acentos de su juventud: la autora de la *Señorita de Clermont* colocaba la escena de su novela en Coppet, en casa de la autora de *Corina*, rival á quien detestaba: esto era una maravilla. Otra maravilla es verme escribir estos pormenores. Estoy recorriendo cartas que me recuerdan tiempos en que yo vivía solitario y desconocido. Hubo felicidad sin mí en la ribera de Coppet que no he visto despues sin cierto impulso de envidia. Las cosas que han huido de mí en la tierra y que echo de menos, me matarian si no estuviese al borde del sepulcro; pero próximo al olvido eterno, verdades y sueños son igualmente vanos: al término de la vida todo es dia perdido.

SEGUNDO VIAJE DE MAD. DE STAEL Á ALEMANIA.

Mad. Stael partió segunda vez para Alemania. Aquí principia una nueva serie de cartas á Mad. Recamier, quizá todavia mas interesantes que las primeras.

Nada hay en las obras impresas de Mad. Stael que se aproxime á aquella naturalidad y elocuencia en que la imaginación presta su expresión á los sentimientos. Grande debia ser la virtud de la amistad de madama Recamier, cuando supo hacer producir á una

mujer de genio lo que habia oculto y no revelado aun en su talento. Ademas se adivina en el acento triste de Mad. de Stael un disgusto secreto, de que solo la belleza debia naturalmente ser el confidente, porque solo ella no recibe semejantes heridas.

PALACIO DE CHAUMONT.—CARTA DE MAD. DE STAEL Á BONAPARTE.

Habiendo regresado Mad. de Stael á Francia en la primavera de 1812, fué á habitar el palacio de Chaumont en las orillas del Loira á cuarenta leguas de París, distancia determinada por el radio de su destierro. Mad. Recamier fué á reunirse con ella en aquella morada.

Mad. de Stael cuidaba entonces de la impresión de su obra sobre Alemania, y cuando estuvo á punto de publicarse, la envió á Bonaparte con esta carta:

«Señor: Me tomo la libertad de presentar á V. M. mi obra sobre la Alemania. Si se digna leerla, me parece que encontrará en ella la prueba de un talento capaz de alguna reflexion, y que el tiempo ha madurado. Señor, hace doce años que no he visto á V. M. y que me hallo desterrada. Doce años de desgracias modifican todos los caracteres, y el destino enseña la resignación á los que sufren. Resuelta á embarcarme, suplico á V. M. me conceda media hora de audiencia. Creo poderle decir cosas que le interesen, y bajo este título le suplico me conceda el favor de hablarle antes de mi marcha. Solo me permitiré una cosa en esta carta, y es la explicación de los motivos que me obligan á abandonar el continente, si no obtengo de V. M. el permiso de vivir en un sitio bastante cerca de París para que mis hijos puedan vivir en la capital. El haber caído en desgracia cerca de V. M. espere sobre las personas que son objeto de ella tal disfavor en Europa, que no puedo dar un paso sin conocer sus efectos. Los unos temen comprometerse al verme; los otros se creen romanos en triunfar de ese temor. Las relaciones mas sencillas de la sociedad se convierten en servicios que un alma altiva no puede soportar. Entre mis amigos hay algunos que se han asociado á mi suerte con una admirable generosidad, pero he visto romperse los sentimientos mas íntimos contra la necesidad de vivir conmigo en la soledad, y he pasado mi vida hace ocho años entre el temor de no obtener sacrificios y el pesar de ser objeto de ellos. Quizá sea una ridiculez entrar así en el pormenor de las impresiones propias con el soberano del mundo; pero lo que os ha dado el mundo, señor, es un genio soberano. Y en punto á observación sobre el corazón humano, V. M. comprende desde los resortes mas grandes hasta los mas delicados. Mis hijos no tienen carrera; mi hija cuenta trece años, y dentro de poco será preciso establecerla; seria egoísmo obligarla á vivir en las inspidas moradas á que me hallo condenada. Seria preciso, pues, separarme de ella tambien. Esta vida no es tolerable, y no sé hallar remedio ninguno á ella en el continente. ¿Qué ciudad puedo elegir en que la desgracia de V. M. no ponga un obstáculo invencible al establecimiento de mis hijos y á mi tranquilidad personal? V. M. mismo no sabe quizá el miedo que los desterrados infunden á la mayor parte de las autoridades de todos los países, y podria referirle cosas en este particular que sin duda sobrepujan á lo que V. M. tiene mandado. Han dicho á V. M. que yo echaba de menos á París á causa del Museo y de Talma; esto no pasa de ser una amena chanza sobre el destierro; es decir, sobre la desgracia que Ciceron y Bolimbroke han declarado ser la mayor de todas; pero aun cuando yo amase las obras maestras de las artes que debe la Francia á las conquistas de V. M.; aun cuando amase esas hermosas tragedias, imágenes del heroísmo, ¿podríais vos vituperarme por ello? La

felicidad de cada individuo, ¿no se compone de la naturaleza de sus facultades? Y si el cielo me ha dado talento, ¿no tengo la imaginación que hace necesarios los goces de las artes y del ánimo? ¡Tantas personas piden á V. M. ventajas positivas de toda especie! ¿Por qué me he de avergonzar yo de pedirle la amistad, la poesía, la música, los cuadros, toda esa existencia ideal de que puedo gozar sin separarme de la sumisión al monarca de Francia?»

Esta carta no conocida merecía ser conservada. Mad. de Stael no era, como se ha querido suponer, una enemiga ciega é implacable. Pero no fue mas escuchada que yo cuando tuve que dirigirme también á Bonaparte para pedirle la vida de mi primo Armand. Alejandro y César se habrían conmovido con una carta en tono tan digno, escrita por una mujer tan célebre; pero la confianza del mérito que se juzga y se iguala á la dominación suprema, esa especie de familiaridad de la inteligencia que se coloca al nivel del amo de Europa para tratar con él de corona á corona, no parecieron otra cosa á Bonaparte que la arrogancia de un amor propio desmedido. Creíase desafiado por todo lo que tenía alguna grandeza independiente; la bajeza le parecía fidelidad, la altivez rebelión; ignoraba que el verdadero talento no reconoce Napoleones mas que en el genio, y que tiene su entrada en los palacios como en los templos porque es inmortal.

MADAMA DE RECAMIER Y MONSIEUR MATEO DE MONTMORENCY DESTERRADOS. — MADAMA RECAMIER EN CHALONS.

Mad. de Stael abandonó á Chaumont, y volvió á Coppet; Mad. Recamier se apresuró de nuevo á ir á acompañarla; Mr. Mateo de Montmorency le permaneció igualmente fiel. Uno y otro fueron castigados, y con la misma pena que ambos iban á consolar; también les fueron impuestas las cuarenta leguas de distancia de París.

Mad. Recamier se retiró á Chalons-sur-Marne, decidida en su elección por la proximidad de Montmirail que habitaban MM. de la Rochefoucauld-Doudeauville.

Mil particularidades de la opresión de Bonaparte se han perdido en la tiranía general: los perseguidos temían ver á sus amigos por temor de comprometerlos; sus amigos no se atrevían á visitarlos por temor de acarrearles un aumento de rigor. El desgraciado proscrito, convertido en apestado y secuestrado del género humano, permanecía en cuarentena en el odio del déspota. Bien recibido uno en tanto que se ignorase su independencia de opinión, en cuanto ésta era conocida, todo se retiraba y no quedaba á su alrededor sino autoridades que expiaban sus relaciones, sus sentimientos, sus correspondencias, sus pápsos: tales eran aquellos tiempos de ventura y de libertad.

Las cartas de Mad. de Stael revelan los padecimientos de aquella época, en que los talentos se veían amenazados á cada paso de ser encerrados en un calabozo; en que todos no se ocupaban mas que de escapar; en que se aspiraba á la fuga como á la salvación: cuando la libertad ha desaparecido, queda un país, pero no hay ya patria.

Al escribir Mad. de Stael á su amiga que no deseaba verla por temor del mal que de ello le pudiera sobrevenir, no lo decía todo: ella estaba casada en secreto con Mr. de Rocca, de lo que resultaba una posición embarazosa que aprovechaba la policía imperial. Mad. Recamier, á quien Mad. de Stael creía deber callar sus nuevos cuidados, se sorprendía con razón de la obstinación que esta ponía en cerrarle su palacio de Coppet: lastimada de la resistencia de madama de Stael, por quien se había sacrificado ya, no

por eso persistió menos en su resolución de reunirse con ella.

Todas las cartas que habrían debido retener á madama Recamier no sirvieron mas que para confirmarla en su designio. Partió al fin, y recibió en Dijon este billete fatal:

«Os digo adios, querido ángel de mi vida, con toda la ternura de mi alma. Os recomiendo á Augusto: que os vea y que me vuelva á ver. Sois una criatura celestial. Si hubiese vivido á vuestro lado, habría sido demasiado dichosa: me hallo arrastrada por el destino. Adios.»

Mad. de Stael no debía ya volver á ver á Julieta sino para morir. El billete de Mad. de Stael hirió como un rayo á la viajera: huir súbitamente, marcharse antes de haber estrechado en sus brazos á la que acudía solícita á arrojarle en sus adversidades, ¿no era de parte de Mad. de Stael una resolución cruel? Parecía á Mad. Recamier que la amistad hubiera podido verse menos arrastrada por el destino.

Mad. de Stael fué á buscar la Inglaterra, atravesando la Alemania y Suecia. El poder de Napoleon era otro mar que separaba á Albion de la Europa, como el océano la separa del mundo.

Augusto, hijo de Mad. de Stael, había perdido á su hermano, muerto en duelo de un sablazo: casóse, y tuvo un hijo, el cual, de edad de algunos meses, le siguió á la tumba. Con Augusto de Stael se extinguió la posteridad masculina de una mujer ilustre, porque no ha revivido en el nombre honroso, pero desconocido, de Rocca.

MADAMA RECAMIER EN LYON. — MAD. DE CHEVREUSE. — PRISIONEROS ESPAÑOLES.

Habiendo quedado sola Mad. Recamier y llena de pesares, buscó desde luego en Lyon un primer asilo: allí encontró á Mad. de Chevreuse, otra desterrada. Mad. de Chevreuse se había visto obligada por el emperador, y después por su propia familia, á entrar en la nueva sociedad. Apenas se encontrará un nombre histórico que no consienta en perder antes su honor que un bosque. Introducida ya Mad. de Chevreuse en las Tullerías, creyó poder dominar en una corte salida de los campos: verdad es que esa corte trataba de revestirse de los aires de otro tiempo, con la esperanza de cubrir su reciente origen; pero las maneras plebeyas eran todavía demasiado rudas para recibir lecciones de la impertinencia aristocrática. En una revolución que dura y que ha dado su último paso, como, por ejemplo, en Roma el patriciado, un siglo después de la caída de la república, pudo resignarse á no ser mas que el Senado de los emperadores: lo pasado nada tenía que echar en cara á los emperadores del presente, toda vez que ese pasado había concluido: una mancha igual marcaba todas las existencias. Pero en Francia, los nobles que se transformaron en chambelanes se apresuraron demasiado: el imperio nacido nuevamente desapareció en ellos, y volvieron á encontrarse frente á frente con la antigua monarquía resucitada.

Atacada Mad. de Chevreuse de una enfermedad de pecho, solicitó y no obtuvo pasar sus últimos días en París: no se muere cuándo y en donde se quiere. Napoleon, que hacia tantos difuntos, no hubiera acabado con ellos si les hubiese dejado la elección de su sepulcro.

Mad. Recamier no lograba olvidar sus propios pesares sino ocupándose de los de los demás: por la mediación caritativa de una hermana de la misericordia visitaba secretamente en Lyon á los prisioneros espa-

ñoles. Uno de ellos, valiente y gallardo, cristiano como el Cid, marchaba á la eternidad: sentado sobre la paja, tocaba una guitarra: su espada había engañado á su mano. Así que veía á su bienhechora, le cantaba tonadas de su país, no teniendo otro medio de darle gracias. Su voz debilitada, y los sonidos confusos del instrumento, se perdían en el silencio de la cárcel. Los compañeros del soldado, medio envueltos en sus capas destrozadas, y con sus cabellos negros caídos sobre sus rostros macilentos y bronceados, levantaban sus ojos orgullosos con la sangre castellana y humedecidos por el reconocimiento hácia la desterrada, que les recordaba una esposa, una hermana, una amante, y que sufría el yugo de la misma tiranía.

El español murió, pudiendo decir como Zarviska, el joven y valeroso poeta polaco: «Una mano desconocida cerrará mi párpado; el tañido de una campana extranjera anunciará mi muerte, y voces que no serán las de mi patria rogarán por mí.»

Mateo de Montmorency fué á Lyon á visitar á madama de Recamier. Entonces fue cuando ella conoció á Mr. Camilo Jordan y á Mr. Ballanche, dignos de aumentar el círculo de las amistades consagradas á su noble vida.

MAD. RECAMIER EN ROMA. — ALBANO. — CANOVA. — SUS CARTAS.

Mad. Recamier era demasiado altiva para pedir que le levantaran el destierro. Fouché la había apremiado por mucho tiempo é inútilmente para que adornase la corte del emperador: pueden verse los pormenores de estas negociaciones de palacio en los escritos de la época. Mad. Recamier se retiró á Italia, acompañándola Mr. de Montmorency hasta Chambery. Lo demás de los Alpes lo atravesó sin mas compañero de viaje que una sobriñita suya de siete años, que es hoy Mad. de Lenormant.

Roma era entonces una ciudad de Francia, capital del departamento del Tiber. El papa gemía prisionero en Fontainebleau en el palacio de Francisco I.

Fouché, comisionado en Italia, mandaba en la ciudad de los Césares: lo mismo que el gefe de los eunucos negros en Atenas, no hizo mas que pasar. Instalóse á Mr. de Norvins en calidad de prefecto de policía: el movimiento se hallaba hácia otro punto de Europa.

Conquistada la ciudad eterna sin haber visto á su segundo Alarico, callaba sumida en sus ruinas. Artistas solo vivían en aquel hacinamiento de siglos. Canova recibió á Mad. Recamier como una estatua griega que la Francia devolvía al museo del Vaticano; pontífice de las artes, la inauguró en los honores del Capitolio en Roma abandonada.

Canova tenía una casa en Albano, y la ofreció á madama Recamier, la cual pasó allí el verano. El balcón de su cuarto era uno de esos balcones de pintor, que abarcan el paisaje. Daba á las ruinas de la quinta de Pompeyo: á lo lejos y por encima de los olivos, se veía ocultarse el sol en el mar. Canova volvía á estas horas, y conmovido por aquel hermoso espectáculo, se complacía en cantar con un acento veneciano y una voz agradable, la barcarola *O pescador dell' onda*. Mad. Recamier le acompañaba al piano. El autor de Psychis y de la Magdalena se deleitaba con aquella armonía, y buscaba en las facciones de Julieta el tipo de la Beatriz que pensaba hacer mas adelante. Roma había visto en otro tiempo á Rafael y á Miguel Angel coronar sus modelos en orgías poéticas, contadas harto libremente por Cellini: ¿cuán superior era á aquellas esta escena decorosa y pura entre una mujer desterrada y aquel Canova tan sencillo y afable!

Mas solitaria Roma que nunca, llevaba en aquel momento el luto de viuda, y no veía ya pasar bendi-

ciéndolos aquellos pacíficos soberanos que rejuvenecían sus ancianos días con todas las maravillas de las artes. El ruido del mundo se hallaba alejado nuevamente de ella. San Pedro estaba desierto como el Coliseo.

He leído las cartas elocuentes que escribía á su amiga la mujer mas ilustre de nuestros dias pasados: léanse los mismos sentimientos de ternura expresados con la mas encantadora sencillez en la lengua de Petrarca por el primer escultor de los tiempos modernos. No cometeré el sacrilegio de intentar traducirlos:

«Domenica mattina.

«Dio eterno! ¿Siamo vivi, ó siamo morti? Io voglio esser vivo, almeno per scrivervi; si, lo vuole il mio cuore anzi mi comanda assolutamente di farlo. ¡Oh, se! conoscete bene á fondo questo Povero cuor mio, quanto, quanto mai ve ne persuadereste! Maper disgrazia mia para ch'egli sia alquanto all' oscuro per voi. ¡Pazienza! Ditemi almeno come state di salute, si di piú non volete dire: benché mi abbiate promesso di scrivere e di scrivermi dolce. Io davvero che avrei voluto vedervi personalmente in questi giorni, ma non vi poteva essere alcuna via di poterlo fare: anzi su di questo vi diro á voce delle cose curiose. Conviene dunque che mi contenti a forza, di vedervi in spirito. In questo modo sempre mi siete presente, sempre vi veggo, sempre vi parlo, vi dico tante, tante cose, ma tutte, tutte al vento, tutte: ¡Pazienza anche di questo! ¡Gran fatto che la cosa abbia d'andare sempre in questo modo! Voglio intanto pero che siate certa, certissima che l'anima mia vi ama molto piú assai di quello che mai possiate credere ed immaginare.»

EL PESCADOR DE ALBANO.

Mad. Recamier había socorrido á los prisioneros españoles en Lyon: otra víctima del mismo poder que la hería la puso en el caso de ejercer en Albano sus sentimientos compasivos: un pescador, acusado de estar en inteligencia con los súbditos del papa, había sido juzgado y condenado á muerte. Los habitantes de Albano suplicaron á la extranjera refugiada entre ellos que intercediese por aquel desgraciado. Condujéronla á la cárcel; vió en ella al preso, y con dolida de la desesperación de aquel hombre, prorumpió en lágrimas. El infeliz le suplicó que acudiese en su auxilio; que intercediese por él; que le salvase: súplica tanto mas desgarradora, cuanto que era imposible arrancarle al suplicio. Era ya de noche, y debía ser fusilado al amanecer.

Sin embargo, Mad. Recamier, aunque persuadida de la inutilidad de sus esfuerzos, no vaciló. Tráenle un carruaje, y sube en él sin la esperanza que dejaba al sentenciado. Atraviesa los campos infestados de bandidos; llega á Roma, y no encuentra al director de policía. Aguardó dos horas en el palacio de Fiano, contando los minutos de una vida, de la que se acercaba el último. Cuando llegó Mr. de Norvins le explicó el objeto de su viaje, y aquel le contestó que estaba dictada la sentencia, y no tenía las facultades necesarias para hacerla suspender.

Mad. Recamier se volvió con el corazón traspasado: el preso había dejado de existir cuando ella llegó á Albano. Los habitantes aguardaban á la francesa en el camino, y al punto que la reconocieron, se acercaron á ella. El sacerdote que había asistido al paciente le venía á manifestar los últimos deseos de este. Daba gracias á la dama que no había cesado de buscar con sus ojos al dirigirse al sitio de la ejecución; recomendábale que orase por él, porque para un cristiano no ha acabado todo, ni está libre de temor por haber dejado de existir. Mad. Recamier

fue conducida por el eclesiástico á la iglesia, á donde la siguió la multitud de hermosas aldeanas de Albano. El pescador habia sido fusilado á la hora en que la aurora principiaba á iluminar la barca, ya sin guía, que él tenia costumbre de conducir sobre los mares y á las riberas que solia recorrer.

Para disgustarse de los conquistadores seria preciso saber todos los males que causan; seria preciso ser testigo de la indiferencia con que se les sacrifican las criaturas mas inofensivas en un rincon del globo en donde jamás han puesto el pié. ¿Qué importaban á los triunfos de Bonaparte los dias de un pobre pescador de los Estados Romanos? Indudablemente nunca habrá sabido que existiese ese miserable pescador, y en el estrépito de su lucha con los reyes habrá ignorado hasta el nombre de su víctima plebeya.

El mundo no distingue en Napoleon sino victorias: las lágrimas en que se han cimentado las columnas triunfales no caen de sus ojos. Y yo creo que de esos sufrimientos despreciados, de esas calamidades de los humildes y pequeños se forman en los consejos de la Providencia las causas secretas que precipitan desde lo alto al dominador. Cuando se acumulan las injusticias particulares de modo que vencen el peso de la fortuna, el nivel baja. Hay sangre muda y sangre que grita: la sangre de los campos de batalla la bebe en silencio la tierra: la sangre pacífica derramada salta gimiendo hácia el cielo. Dios la recibe y la vengá: Bonaparte mató al pescador de Albano: algunos meses despues se hallaba desterrado entre los pescadores de la isla de Elba, y ha muerto entre los de Santa-Elena.

¿Mi vago recuerdo bosquejádó apenas en los pensamientos de Mad. Recamier se le aparecian en las riberas del Tiber y del Anio? Yo habia ya pasado al través de aquellas soledades melancólicas, y habia dejado una sombra honrada con las lágrimas de los amigos de Julieta. Cuando en 1803 murió la hija de Mr. de Montmorin (Mad. de Beaumont), Mad. de Stael y Mr. Necker me escribian cartas de pésame: vistas han sido esas cartas. De este modo recibia yo en Roma, antes casi de haber conocido á Mad. Recamier, cartas fechadas en Coppet: este es el primer indicio de una afinidad de destino. Mad. Recamier me ha dicho tambien que mi carta de 1803 á Mr. de Fontanes le servia de guía en 1814, y que leia repetidas veces este pasaje:

«Todo el que no tenga lazo ninguno en la vida debe ir á Roma. Allí encontrará por sociedad una tierra que alimentará sus reflexiones y ocupará su corazon, y paseos que le dirán siempre alguna cosa. La piedra que pise le hablará; el polvo que el viento levante de sus pisadas encerrará alguna grandeza humana. Si es desgraciado; si ha mezclado las cenizas de los que amó á tantas cenizas ilustres, ¡con qué encanto no pasará del sepulcro de los Escipiones al último asilo de un amigo virtuoso!... Si es cristiano, ¡ah! ¿Cómo podría entonces arrancarse de esta tierra que ha visto nacer un segundo imperio mas santo en su cuna, mas grande en su poder que el que le precedió, de esta tierra en donde los amigos que hemos perdido, durmiendo con los mártires en las catacumbas á la vista del padre de los fieles, parecen deberse despertar los primeros en su polvo y estar mas próximos á los cielos?»

Pero en 1814 no era yo para Mad. Recamier mas que un *cicerone* vulgar, perteneciente á todos los viajeros: mas feliz en 1823 habia cesado de ser extranjero para ella, y podiamos hablar juntos de las ruinas romanas.

MAD. RECAMIER EN NÁPOLES.—EL DUQUE DE ROHAN CHABOT.

En Nápoles, á donde fué por el otoño Mad. Recamier, cesaron las ocupaciones de la soledad. Apenas se apeó en la posada, se le presentaron los ministros del rey Joaquín. Murat, olvidando la mano que habia cambiado su látigo en cetro, estaba dispuesto á unirse á la coalición. Bonaparte habia plantado su espada en medio de Europa, como los gaulas plantaron su dardo en medio del mallo: alrededor de la espada de Napoleon habia colocados en círculo reinos que este distribuía á su familia. Carolina habia recibido el de Nápoles. Mad. Murat no era un camafeo antiguo tan elegante como la princesa Borghese; pero tenia mas fisonomía y mas talento que su hermana. En la firmeza de su carácter se reconocia la sangre de Napoleon. Si la diadema no hubiera sido para ella el adorno de la cabeza de una mujer, todavia habria sido la señal del poder de una reina.

Carolina recibió á Mad. Recamier con una solicitud tanto mas afectuosa, cuanto que la opresion de la tiranía se hacia sentir hasta en Pórtici. Sin embargo, la ciudad que posee la tumba de Virgilio y la cuna del Tasso: esa ciudad en que vivieron Horacio y Tito Livio, Bocaccio y Sannazaro, en donde nacieron Durante y Cimarosa, habia sido embellecida por su nuevo amo. Hallábase restablecido el orden, y los *lazzaroni* no jugaban ya á los bolos con cabezas para divertir al almirante Nelson y á lady Hamilton. Habianse extendido las escavaciones de Pompeya, y sobre el Pausilipo serpenteaba un camino, por el que pasé en 1803 para ir á examinar en Litterno el retiro de Escipion. Aquellas monarquías nuevas, de una dinastía militar, habian hecho renacer la vida en países en donde se manifestaba antes la moribunda languidez de una antigua estirpe. Roberto Guiscard, Guillermo Bras-de-Fer, Rogerio y Tancredo parecian haber vuelto, á excepcion de la caballería.

Mad. Recamier se hallaba en Nápoles por el mes de febrero de 1814. ¿Y yo dónde estaba? En mi *Vallee-aux-Loups*, principiando la historia de mi vida. Ocupábame de los juegos de mi infancia al ruido de las pisadas de soldados extranjeros. La mujer cuyo nombre debia terminar estas *Memorias* vagaba sobre las marinas de Bayas. ¿No tenia yo un presentimiento del bien que me vendria algun dia de aquella tierra, cuando pintaba la seducción partenopea en los *Mártires*...?

«Todas las mañanas, así que la aurora principiaba á aparecer, me iba bajo un pórtico. El sol se elevaba delante de mí, iluminando con sus fuegos mas suave la cadena de montañas de Salerno, el azul del mar, sembrado de las velas blancas del pescador, las islas de Caprea, de Oenaria y de Prochyta, el cabo de Miseno y Bayas, con todos sus encantos.

«Las flores y frutos húmedos de rocío son menos suaves y frescos que el paisaje de Nápoles. Saliendo de las sombras de la noche, sorprendíame siempre al llegar al pórtico de hallarme á orillas del mar, porque las olas en aquel punto hacian apenas oír el ligero murmullo de una fuente. Extasiado ante aquel cuadro, me apoyaba contra una columna, y sin pensamiento, sin deseo, sin proyecto, permanecía horas enteras respirando un ambiente delicioso. El encanto era tan grande, que me parecia que aquel aire divino trasformaba mi propia sustancia, y que con un placer indecible me elevaba hácia el firmamento como un espíritu puro... Aguardar ó buscar la belleza, verla adelantarse en una barquilla y sonreírnos de en medio de las olas; bogar con ella sobre el mar, cuya superficie sembrábase de flores; seguir á la encantadora al fondo de aquellos bosques de mirto, y á los campos felices en

donde Virgilio colocó el Eliseo: tal era la ocupacion de nuestros dias...

«Quizá hay climas peligrosos para la virtud por su extremada voluptuosidad: ¿y no es eso lo que quiso enseñar una fábula ingeniosa, refiriendo que Parthenope fue construida sobre el sepulcro de una sirena? El brillo aterciopelado de la campiña; la dulce temperatura de la atmósfera; los contornos redondeados de las montañas; las muelles inflexiones de los rios y de los valles, son en Nápoles otras tantas seducciones para los sentidos, á los que todo da descanso y nada lástima. Para evitar los ardores del medio dia nos retirábase á la parte del palacio construido bajo el mar. Acostados en lechos de marfil, oíamos murmurar las olas por encima de nuestras cabezas: si en el interior de aquellos retiros nos sorprendia alguna tempestad, los esclavos encendian lámparas, llenas del nardo mas precioso de la Arabia. Entonces entraban jóvenes napolitanas, que traian rosas de Pesto en vasos de Nola, y mientras que las olas bramaban por fuera, ellas cantaban, formando delante de nosotros bailes pausados que me recordaban las costumbres de la Grecia: así se realizaban para nosotros las ficciones de los poetas: hubiérase creído ver los juegos de las Nereidas en la gruta de Neptuno.»

Mad. Recamier encontró en Nápoles al conde de Nieperg, y al duque de Rohan Chabot: el uno debia subir al nido del águila, y el otro vestir la púrpura. Se ha dicho de este que estaba destinado al color encarnado, habiendo llevado el vestido de chambelan, el uniforme de caballería ligera de la guardia, y el traje de cardenal.

El duque de Rohan era muy lindo: hablaba novelescamente, pintaba á la aguada, y se distinguia por su exquisito esmero en el vestir. Cuando se hizo sacerdote, su piadosa cabellera, á prueba del hierro, tenia una elegancia de mártir. Predicaba al oscurecer en oratorios sombríos, á un auditorio de devotos, cuidando, con el auxilio de dos ó tres velas artísticamente colocadas, de iluminar á medias tintas, como un cuadro, su pálido semblante.

No se explica á primera vista cómo hombres á quienes sus nombres hacian tontos á fuerza de orgullo, se ponian á merced de un *recien llegado*. Reflexionando un poco se advierte que aquella aptitud para acomodarse á todo procedia naturalmente de sus costumbres: familiarizados con la domesticidad, nada les importaba el cambio de librea con tal que el amo estuviese alojado en palacio con la misma divisa. El desprecio de Bonaparte les hacia justicia: este gran soldado, abandonado de los suyos, decia con reconocimiento á una elevada señora:—«En realidad, no hay mas que vosotros que sepan servir.»

La religion y la muerte han pasado la esponja sobre ciertas debilidades, bien perdonables por otra parte, del cardenal de Rohan. Sacerdote cristiano, consumió en Besanzon su sacrificio, socorriendo á los desgraciados, dando de comer á los pobres, vistiendo á los huérfanos y empleando en buenas obras su vida, cuya carrera abreviaba naturalmente una salud quebrantada.

Lector, si te impacientas con estas citas y estos relatos, piensa en primer lugar que no habrás quizás leído mis obras, y sobre todo que ya no te oigo, pues estoy durmiendo en la tierra que tú pisas: si te incomodo, hiere en esa tierra, que no insultarás mas que á mis huesos. Piensa además que mis escritos forman parte esencial de esta existencia, cuyas hojas desdoblo. ¡Ay! ¡Ojalá que mis cuadros napolitanos tengan un fondo de verdad! ¡Ojalá que la hija del Ródano fuese la mujer verdadera de mis delicias imaginarias! Pero no: si yo fui Agustín, Gerónimo, Eudoro, lo fui solo: mis dias sobrepujaron á los dias de la amiga de Corina en Italia. ¡Feliz yo si hubiese podido extender

mi vida entera bajo sus pasos, como una alfombra de flores! Pero mi vida es escabrosa, y sus asperezas lastiman. ¡Ojalá que mis horas espirantes puedan reflejar el enternecimiento y el encanto de que ella las ha llenado sobre la que fue amada de todos, y de quien nadie tuvo jamás motivos de queja!

EL REY MURAT.—SUS CARTAS.

Murat, rey de Nápoles, nació el 23 de mayo de 1771 en la Bastide, cerca de Cahors, y fue enviado á Tolosa para hacer allí sus estudios. Disgustóse de las letras, se alistó en los cazadores de los Ardenes, desertó y se refugió en París. Admitido en la guardia constitucional de Luis XVI, obtuvo, despues del licenciamiento de esta guardia, una subtenencia en el undécimo regimiento de cazadores de caballería. Cuando la muerte de Robespierre, fue destituido como terrorista: lo mismo sucedió á Bonaparte, y ambos soldados quedaron sin recursos. Murat volvió á rehabilitarse en el 13 de vendimiario, y fue nombrado ayudante de Napoleon, á cuyas órdenes hizo las primeras campañas de Italia; tomó la Valtelina, que reunió á la república cisalpina; y tuvo tambien parte en la expedicion de Egipto, distinguiéndose en la batalla de Abukir. De vuelta á Francia con su amo, fue encargado de expulsar el consejo de los *Quinientos*. Bonaparte le dió en matrimonio á su hermana Carolina. Murat mandaba la caballería en la batalla de Marengo. Gobernador de París en tiempo de la muerte del duque de Enghien, lamentó por lo bajo un asesinato que no tuvo valor para censurar públicamente.

Cuñado Murat de Napoleon y mariscal del imperio, entró en Viena en 1806; contribuyó á las victorias de Austerlitz, Jena, Eylau y Friedlan; llegó á ser gran duque de Berg, é invadió la España en 1808.

Napoleon le llamó y le dió la corona de Nápoles. Proclamado rey de las Dos-Sicilias en 1.º de agosto de 1808, agradó á los napolitanos por su fausto, su traje teatral, sus cabalgatas y sus fiestas.

Llamado en calidad de gran vasallo del imperio á la invasion de la Rusia, volvió á aparecer en todos los combates, y quedó encargado del mando de la retirada de Smolensk á Wilna. Despues de manifestar su descontento, dejó el ejército y fué á calentarse al sol de Nápoles, como su capitan al hogar de las Tullerías. Aquellos hombres del triunfo no podian acostumbrarse á los reveses. Entonces principiaron sus alianzas con el Austria; volvió á aparecer de nuevo en los campos de Alemania en 1813; volvió á Nápoles despues de la batalla de Leipsik, y reanudó sus negociaciones austrobritánicas. Antes de entrar en una alianza completa, escribió Murat á Napoleon una carta que he oido leer á Mr. de Mosbourg. En esta carta decia á su cuñado que habia encontrado á la península muy agitada; que los italianos reclamaban su independencia nacional; que si no se les devolvía era de temer se uniesen á la coalición de Europa y aumentasen de ese modo los peligros de la Francia: seuplicaba á Napoleon que hiciese la paz, único medio de conservar un imperio tan poderoso y tan bello; que si Bonaparte rehusaba escucharle, él, abandonado en el extremo de la Italia, se veria precisado á abandonar su reino ó abrazar los intereses de la libertad italiana. Esta carta muy sensata quedó por muchos meses sin respuesta: de consiguiente Napoleon no pudo echar en cara con justicia á Murat que le hubiese hecho traicion.

Obligado Murat á elegir prontamente, firmó en 11 de enero de 1814, con la corte de Austria, un tratado, en que se obligaba á suministrar á los aliados un ejército de treinta mil hombres. En premio de esta defeccion se le garantizaba su reino de Nápoles y su derecho de conquista sobre las Marcas pontificias. Mad. Murat habia revelado aquella importante transacción á Mad. Recamier. En el momento de declarar-